
De dictadores literarios y dictadores reales

Mano Vargas Llosa. *La fiesta del chivo*, México, editorial Alfaguara, 2000.

Alvaro Vargas Llosa, *En el reino del espanto*, México, editorial Grijalbo, 2000.

Gilda Waldman M.

América Latina, desde los inicios de su vida independiente, ha vivido bajo la sombra de las dictaduras. Estas han constituido, lamentablemente, uno de los más graves estigmas de su historia. Caracterizadas por constituir regímenes de excepción en los que un solo hombre concentra todos los poderes y en los cuales quedan abolidas las garantías jurídicas fundamentales, las dictaduras han estado presentes a lo largo de toda la vida política del continente. Surgidas, en términos generales, en el marco de una fragilidad del estado de derecho en el cual las libertades fundamentales han carecido de un anclaje institucional, las dictaduras, durante las largas décadas en que tuvieron lugar en cada uno de los países latinoamericanos, han llevado el poder personal a grados máximos

de expresión, sin restricción ni control alguno.

Al mismo tiempo, en América Latina siempre ha existido un nexo entre el poder y la literatura. Ya en 1851, José Mármol publicaba en el exilio su novela *Amalia*, una furibunda crítica al dictador argentino Juan Manuel Rosas. En el siglo XX, el tema de la dictadura y los dictadores ha sido una constante en la literatura latinoamericana. Al respecto, son bien conocidas las espléndidas novelas *El señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias; *Yo, el Supremo*, de Augusto Roa Bastos; *El recurso del método*, de Alejo Carpentier; y *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez (a las cuales cabe agregar muchas otras más). La aparición casi simultánea de las tres últimas novelas mencionadas no es casual. Publicadas durante la década de los setenta, cuando gran parte de los países latinoamericanos vivía bajo regímenes dictatoriales, ellas responden a una intención deliberada: recuperar a través de la palabra la multiplicidad de verdades de la Historia, en contraposición a la voluntad política de las dictaduras de hacer prevalecer sus propias "verdades oficiales" y unívocas. En esta línea, la literatura sobre los dictadores, que tuvo tanto auge y fue tan importante en la historia literaria de América Latina durante los años setenta, constituye la mejor expresión de lo que Carlos Fuentes considera el rasgo esencial de la novela: ser

"otra" mirada de la realidad, mirada que descubre lo invisible, que ofrece nuevas facetas de aproximación y que dice lo que otros saberes no pueden ni quieren decir. La literatura de los dictadores parecía haber llegado a su fin en 1978, con la publicación de *Casa de campo*, de José Donoso. Sin embargo, Mario Vargas Llosa escribe y publica, en fechas recientes, su última novela, *La fiesta del Chivo*, referida al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, quien fuera amo absoluto de República Dominicana entre 1930 y 1961, año en que es asesinado por un grupo de opositores. Es interesante señalar que no es la primera vez que Tmjillo aparece como personaje literario. En 1959 el escritor chileno Enrique Lafourcade publicaba una breve sátira (*La fiesta del rey Acab*) en torno al último día de un dictador modelado a imagen y semejanza del dominicano. Sin embargo, la novela de Vargas Llosa, sustentada ciertamente en la literatura anterior sobre los dictadores latinoamericanos, constituye quizá el punto climático de este género literario. En este sentido, es de interés hacer algunas consideraciones sobre esta espléndida novela.

La *fiesta del Chivo* trata de reconstruir, en el ambiguo territorio de la memoria y de la historia, tanto el vértigo de una era como la biografía de una víctima de los excesos dictatoriales de Rafael Leónidas Tmjillo. Así, la novela recrea la

época trujillista a partir de una doble vertiente: por un lado, la trama de la conspiración para matar al Generalísimo y Benefactor de la Patria; por la otra, la historia de Urania, una mujer que a los 14 años fue maltratada sexualmente por Tmjillo y que regresa a República Dominicana no sólo para confrontar a su padre agonizante con su trágica versión de los hechos que motivaron su partida, sino, fundamentalmente, para hacer un ajuste de cuentas personal con la Historia.

El relato que va desencadenando la memoria de Urania se encuentra paulatinamente, con el relato sobre la conjura para liquidar a Trujillo: el Jefe Máximo, el Padre de la Patria Nueva, el Generalísimo, el Chivo. Así, el pasado y el presente se intersectan, de igual manera como se intersectan el destino personal de Urania —condensación de miles de destinos y de memorias— con la crónica del ocaso del poder. Se trata, pues, del relato del declive de Tmjillo tanto desde la mirada de un testigo directa como desde la mirada del ocaso político de una dictadura. La novela de Vargas Llosa conjuga, así, la historia pública con la privada y es, como toda buena novela y en palabras de Balzac, "la historia privada de las naciones".

A través de Urania, se manifiesta el absoluto poder del dictador dominicano, paradigma de cualquier dictador

latinoamericano: excepcional, amoral, inmortal, solitario, arbitrario y cruel. Como en muchos otros países latinoamericanos, y tal como lo describe la literatura de los dictadores, Trujillo dirigió el país como si fuera su hacienda personal.

Entre 1930 y 1961 todo lo existente en República Dominicana le pertenecía: industrias, tierras, las Fuerzas Armadas, la vida intelectual, y también las mujeres. En ese país caribeño, la patria era propiedad sexual del dictador, y la mujer, un instrumento de poderío político. Al poseer a la mujer se poseía a la nación, y viceversa. Los cuerpos quedaban subordinados a los caprichos de la virilidad convertida en símbolo del poder. En este sentido, la novela de Vargas Llosa pone de manifiesto, de manera descarnada, la esencia del poder despótico: el daño profundo a la intimidad, la degradación de la dignidad, la complicidad con los abismos del mal, la decadencia moral de la que nadie se salva.

Como en muchas otras novelas sobre dictadores, en el texto de Vargas Llosa la realidad supera a la ficción. Pero lo que diferencia al Trujillo recreado por Vargas Llosa con otros dictadores literarios es también lo que distingue a Trujillo de otros dictadores latinoamericanos: la teatralidad, la fascinación por las formas aparatosas. Historia y ficción entran y salen de cada una de las páginas de *La fiesta* del

Chivo otorgándole al texto una cualidad especial: la contundente documentación no evidencia su presencia en el texto. Este enorme trabajo de investigación, entretelado con la ficción, es lo que le permite al novelista peruano "mentir con conocimiento de causa", es decir, mentir con la verdad. Como ha afirmado reiteradamente Vargas Llosa, las novelas mienten, pero al mentir expresan una curiosa verdad: sólo bajo la máscara o el disfraz de lo que no es, surge la verdad.

Si bien podría afirmarse que la literatura de los dictadores latinoamericanos es novela ficcional (incluyendo, a guisa de reflexiones posteriores, a Yq el Supremo, de Augusto Roa Bastos), cabe preguntarse en relación con *Lafiesta del Chivo*: ¿es novela o reportaje? *Lafiesta del Chivo* va más allá de la figura o la dictadura de Trujillo. Mario Vargas Llosa se interna en uno de los problemas más polémicos del siglo que termina: el olvido histórico. El ensayista Tzvetan Todorov ha escrito: "Los regímenes totalitarios del siglo XX han revelado la existencia de un peligro antes insospechado: la supresión de la memoria". El ejercicio del novelista peruano es la minuciosa reconstrucción de una memoria, de una mirada que oculta que ausculta el pasado y reconstruye las oscuras horas finales de Trujillo. Pero, al mismo tiempo, una pregunta fundamental recorre el texto: ¿cómo puede entregarse todo un pueblo a la voluntad de

un solo hombre? ¿qué motivos empujan y arrastran a las naciones a cometer hechos tan indignantes y desesperanzadores para la condición humana? ¿cómo puede destrozarse el libro albedrío individual hasta el punto en que cada persona esté dispuesta a entregarse en los caprichos y atrocidades del dictador? De ello da cuenta la novela, sin más comentario que la mirada atenta a unos acontecimientos escalofriantes: terror y espanto, horror y envilecimiento, conspiración y muerte. Todos los personajes danzan en tomo a la muerte, en una fiesta que abre sus fauces de violencia a través de una ficción que da color y dolor a un tiempo y una geografía — República Dominicana —, que podría haber sido cualquier país de nuestro continente.

¿Por qué escribe Vargas Llosa una novela de dictadores en este momento, después de que el tema parecía agotado literariamente? ciertamente, para no olvidar lo acontecido en República Dominicana, pero quizá también porque escribir al respecto sea hoy más oportuno que ayer. En la actualidad, en América Latina dictaduras como las de Trujillo resultan anacrónicas. Sin embargo, están renaciendo nuevos autoritarismos bajo formas de democracias, más compatibles con la realidad del siglo XXI. Hoy, las amenazas de un posible retorno a sistemas autoritarios no se ha disipado, ni éstas han dejado de existir por haberse reemplazado un

presidente militar por uno civil. Vargas Llosa alerta sobre este nuevo tipo de régimen autoritario, menos truculento, feroz y extravagante, pero más eficaz en su misión de controlar y aterrorizar en aras del poder absoluto. Se trata de nuevas dictaduras, menos explícitas que las tradicionales, pero con objetivos y métodos similares, dotadas, además, de los más modernos alcances tecnológicos.

Es en esta línea que se inscribe el libro de Álvaro Vargas Llosa, *En el reino del espanto*. Hijo del novelista peruano, periodista, entrevistador y autor de varios libros previos, Álvaro Vargas Llosa se internó clandestinamente en Perú en diversas ocasiones a fin de tener acceso a los sótanos del servicio de inteligencia de este país. Basado en infinidad de documentos y en información de agentes del servicio secreto que arriesgaban su vida al proporcionar dicha información, el joven periodista aproxima al lector a cuatro casos estremecedores de la realidad peruana reciente. Paso a paso, suceso a suceso, nos enteramos como lectores del horror y la barbarie militar en Perú, a través de la narración que hace el autor del secuestro y asesinato de nueve estudiantes y un profesor universitario, la tortura ejercida contra dos mujeres agentes del servicio secreto, y el incesante acoso a una estación de televisión que se atrevía a proporcionar información sobre los nexos entre los militares (y el poder político)

con el narcotráfico. El cerebro tras todas estas operaciones era Vladimir Montesinos, el polémico "super asesor" del Presidente peruano Alberto Fujimori.

Entrevistado durante su última visita a México, se le preguntó a Vargas Llosa si para crear al personaje literario de Johnny Abbés —el siniestro jefe de inteligencia y torturador de Trujillo— se había basado en Montesinos. Mario Vargas Llosa guardó silencio. Ciertamente, Johnny Abbés fue un personaje con vida propia durante la dictadura del Generalísimo, pero su cercanía con Montesinos es evidente. Vladimir Montesinos, de 55 años, no poseía cargo alguno en la estructura del régimen de Alberto Fujimori. En los papeles fungía como asesor de inteligencia y antiterrorismo, pero de hecho era el dueño del poder en las sombras, y al que la mayoría de los peruanos acusaba de todos los males que pesaban sobre el país. En Lima, Montesinos era un fantasmagórico personaje acostumbrado a andar en las tinieblas más densas del poder peruano. No concedía entrevistas ni se dejaba fotografiar, pero cada noche se reunía con Fujimori en el Palacio de Pizarro (sede del gobierno) para entregar información y diseñar las estrategias que el Presidente y su gobierno debían llevar adelante. Durante toda su carrera militar y más tarde como abogado supo ganarse la confianza de sus superiores. lo que le permitió adentrarse

en las entrañas del poder. En 1990, el candidato presidencial ganador, Alberto Fujimori, tenía en la justicia un proceso abierto por evasión fiscal. Vladimir Montesinos acudió en su ayuda para limpiar su nombre, y su diligencia y eficacia lo catapultaron hacia las cumbres del poder político y económico de Perú. Tras el "autogolpe" de 1992, toda la estructura de apoyo construida por Montesinos se basó en dos instituciones en las que él se movía como pez en el agua: Las Fuerzas Armadas y el Servicio de Inteligencia Nacional. Desde allí, con la excusa de la amenaza terrorista que representaba la guerrilla Sendero Luminoso, Montesinos creó un Estado policiaco y represivo, responsabilizado de la matanza de los-nueve estudiantes y un profesor en La Cantuta en 1992, de torturas, persecuciones y fraudes políticos. En Perú, la realidad actual es una realidad de capturas, allanamientos, lucha contra la "subversión", poder absoluto de los servicios de inteligencia, sótanos donde se interroga a través de torturas, grupos de operaciones especiales, escuadrones de la muerte, etc. Pero también existen otras formas de intimidación: terrorismo fiscal (es decir, amenazas a empresas si no se alinean a las órdenes gubernamentales), juicios a opositores que resultan imposibles de ganar, intervenciones telefónicas, infiltración en Internet, etc. A pesar de que Perú ha intentado

guardar ciertas apariencias democráticas (a través de procesos electorales amañados y utilizando procedimientos tecnológicos altamente sofisticados), los símiles de Trujillo siguen existiendo, aunque de manera discreta y ocultando lo que acontece a la opinión pública.

¿Reportaje o novela? El libro de Álvaro Vargas Llosa, es una investigación sustentada en datos provenientes de la realidad, datos obtenidos de la relación entre un periodista y su(s) informante(s), como también de una infinidad de documentos. El texto combina la información con las interpretaciones de estilo literario. La noticia, la crónica, la entrevista y la biografía presentes en el texto están interrelacionados con factores estructurales de la realidad peruana, lo que le permite al lector explicar y conferir significado a situaciones y acontecimientos. Al mismo tiempo, el autor se sirve de varios géneros literarios, de tal modo que también puede leerse como novela, nota corta de columna o relato secuencial de una crónica. Exposición viva de los acontecimientos, el libro de Álvaro Vargas Llosa saca a la luz los horrores de una realidad a la que su padre había ficcionado en otro contexto histórico y en otro

momento histórico. El común denominador es el mismo: evidenciar la realidad de un régimen político que, para aferrarse al poder, se sustenta en el apremio psicológico, en el terror de su fuerza policiaca-militar, en su control de los medios, en su capacidad de intimidación mediante su brazo judicial, etcétera.

El escritor argentino Tomás Eloy señalaba: "Hay bibliotecas enteras dedicadas al ascenso y caída del generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, dictador de la República Dominicana desde 1930 hasta 1961... [pero] el Trujillo que prevalecerá en la memoria de los latinoamericanos es el hipnótico personaje de la novela de Vargas Llosa y no el de las biografías. A veces hay más verdad en las mentiras de la ficción que en las verdades aparentes de la realidad".

A diez años del gobierno de Alberto Fujimori en Perú, confiemos en que ni Mario Vargas Llosa ni su hijo escriban, en el futuro, otra novela de dictadores en América Latina, y que la realidad que suscitó este género literario quede, definitivamente, en el pasado. En el caso de Perú, los últimos acontecimientos parecen evidenciar que así será. En República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo es ya historia.